

41832

# Revista de Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas

Director:

**Italo Luis Grassi**

Administrador:

Juan Delbosco

Secretario de Redacción

Jacobo Waismann

Redactores:

Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Rómulo Bogliolo

Mario R. Gatta - Agustín A. Forné - Dívico A. A. Fűrnkorn

Julio y Agosto de 1916

Núm. 37-38

**FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS**  
**CONTADURÍA**  
**INVENTARIO DE 1927**  
Nº



SERVICIO DE FACULTAD  
 DE CIENCIAS ECONÓMICAS  
 BIBLIOTECA  
 Clasificación: *Revista*  
 Estante: *775*  
 Fecha:

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

101  
307

B. 10

D. 0

## **La tendencia histórica en la ciencia económica**

---

Las instituciones y las tendencias mentales más variadas, que se suceden continuamente en el curso de la evolución humana, surgen primero bajo forma imprecisa cumpliendo un breve experimento; luego desaparecen, para presentarse más tarde y, esta vez, en una forma precisa, substancial y definitiva. Nada es más fácil que multiplicar los ejemplos de esta interesante regularidad social. Dos siglos antes de Cristo, Aristarco de Samos, enseñaba que la tierra giraba alrededor del sol. Salomón De Cause en 1615, indicó por primera vez, la fuerza motriz del vapor, por cuya causa fué encerrado en un manicomio. El reino de Italia surge, con efímera existencia, en el siglo XI, para resurgir en forma equilibrada y duradera, después de 8 siglos. La legislación social aparece en forma fragmentaria, en Venecia, en el siglo XIV, para reaparecer cuatro siglos después, en el Reino Unido. El capitalismo, bajo la forma de asalariado, surge por primera vez entre las tinieblas de la edad media, en las ciudades italianas y en alguna ciudad del norte, para resurgir decididamente en Inglaterra, en la época del renacimiento y emprender, desde entonces, su imperio sobre el mundo contemporáneo. Podría decirse que, la naturaleza procede como un artífice que presenta, a manera de embozos, sus creaciones sublimes, para luego, en caso de que el ensayo haya ofrecido probabilidades de éxito, presentarlo en una creación verdadera y definitiva.

Y quien, aunque de paso, analice esa interesante manifestación mental, que podríamos llamar historicismo económico, no tarda en convencerse de que, ella también, atraviesa esos dos estadios en el curso de su evolución. Las manifestaciones más antiguas de las tendencias históricas en la ciencia económica, solo se hallan en las obras de algunos escritores ingleses de los siglos XVII y XVIII. En las obras de Guillermo Petty y de sir James Steuart encontramos, frecuentemente rasgos de tendencias históricas. El último de estos, hace agudísimas consideraciones alrededor de la economía feudal. Pero, las tendencias históricas se confirman más ampliamente, en las páginas de Adam Smith, cuyo tercer libro de su "Riqueza de las naciones" es, en el fondo, una notable aplicación de la indagación histórica de los fenómenos de la economía. En ese libro se demuestra como el desarrollo normal de las relaciones económicas dentro de las cuales el progreso de las industrias y de las ciudades está subordinado al florecimiento de la agricultura, ha sido invertido en la historia de Europa, donde la agricultura casi exhausta, cuando la caída de la Roma imperial, resurge con gran vigor muchos siglos después, como contrgolpe del refloramiento de la prosperidad ciudadana. La historia sirve entonces, en este caso, para iluminar el desarrollo efectivo de las relaciones económicas o bien para contralorear, limitar y corregir los resultados de la indagación especulativa. Ni Smith se limita a esto; porque gracias al sentido positivo que tan luminosamente lo distingue, observa en las teorías económicas dominantes en las diferentes épocas de la historia, nada más que la emanación o el reflejo del distinto grado de desarrollo de la riqueza social. Así, prosigue Smith, en el período en que la campaña exhausta, se estanca en el breve círculo de la economía natural, mientras la industria, el comercio, la economía monetaria, están en pleno vigor en las ciudades, aparece el mercantilismo. El dinero y la industria se ennoblecen en perjuicio de la producción rural; mientras que en el período siguiente cuando la agricultura de nuevo floreciente, se levanta la escuela fisiocrática ennoblecedora de la prosperidad territorial. En esos casos, Adam Smith se sirve de la historia, con doble intención: por una parte, para limitar y sufragar los resultados del análisis abstracto, por otro lado para aclarar la razón de ser y la base contingente de

las doctrinas sociales. Y Smith no reconoce a tales análisis un valor absoluto y permanente, sino un valor puramente histórico o íntimamente conexo a la persistencia de aquel sistema económico que los ha suscitado o inspirado.

Después de Adam Smith, el método histórico triunfa en la obra de Malthus sobre la población, obra que ilustra y documenta el principio demostrado deductivamente por la irresistible tendencia de las gentes humanas a sobrepasar la masa de las subsistencias. Mientras, en la obra de Smith, la historia cumple una función correctiva o limitadora de la doctrina abstracta, en la obra de Malthus, ella no tiene más que una misión ilustrativa o de simple prueba. En otras palabras, en lugar de una evolución, la obra de Malthus designa la involución del historismo económico.

De cualquier modo, la aplicación del historismo económico está hecha en la obra de Malthus; cierto es que, con esta, se cierra el primero y menos brillante período de aquella tendencia intelectual. Y si observamos con atención los economistas ingleses posteriores a Malthus, como ser: Ricardo, Mac Culloch, Senior, Torrens, Stuart Mill, advertimos enseguida que toda traza de indagación histórica está ausente de sus investigaciones, en las cuales prima exclusivamente la indagación deductiva. Otro tanto podemos decir de Stuart Mill y de Cairnes, quienes, no obstante el mayor modernismo que inspira sus puntos de vista y la más acertada asimilación de la filosofía positiva continental, no salen en sus escritos estrechamente económicos, de las barreras de la indagación abstracta y especulativa.

Es, por otra parte, muy explicable el hecho de que los economistas ingleses se manifiesten, en esta época, refractarios a las investigaciones históricas o retrospectivas. Porque el espectáculo de la vida económica exuberante que se desarrolla a su alrededor, es muy interesante y lleno de atractivos; los complicados engranajes de la economía capitalista se manifiestan llenos de enigmas que requieren soluciones urgentes; las relaciones económicas que presentan problemas muy fascinantes y sugestivos, para que los pensadores no hagan converger toda su atención sobre los fenómenos de la vida presente y olvidar o ignorar el pasado. Y, en verdad, los economistas clásicos de la Gran Bretaña, en sus investigaciones aparentemente más teóricas y abstractas, dirigen el pensamiento tan sólo sobre los hechos económi-

cos que más interesaban a su nación en la época en que vivían. Así la ciencia económica inglesa que por algún tiempo, había introducido en las páginas de sus corifeos, el método histórico de investigación, se alejaba definitivamente del método histórico en las obras posteriores. En otras palabras, en la esfera de la ciencia económica inglesa, la investigación histórica se limita a una fugaz incursión que desaparece rápidamente ante el triunfo de la investigación especulativa.

Pero si la exhuberancia de la vida económica en la Inglaterra del siglo XIX, crea un ambiente refractario a los triunfos del historismo económico, las condiciones económicas de Alemania, en la misma época, se manifiestan muy propicias al triunfo de aquella orientación intelectual. En Alemania, las nuevas formas económicas suscitadas por la moderna civilización capitalista, difícilmente consiguen desvincularse de la estrechez de las relaciones feudales todavía prepotentes. No menos difícil le es libertarse de las heterogéneas y hostiles relaciones económicas, dentro de las cuales se halla encerrada, sujeta a toda especie de contorsiones y deformaciones. De allí proviene un sistema económico indefinido, asimétrico, anfibio, en el que se colocaba lo nuevo sobre lo viejo, sin absorberlo o ahogarlo; en el cual, la muerte domina por doquiera a la vida, un sistema en el que la banca y la fábrica, muebles e inquietas por naturaleza, deben acomodarse a la inmovilidad patriarcal de las relaciones feudales, dentro de las cuales, el comercio se eleva a nobleza, el crédito a dignidad terrenal, y el trabajo al altar. Ahora comprendemos como esta confusión de relaciones económicas debía aparecer repugnante a la investigación especulativa; no nos extraña el constatar que ella rehuía, con disgusto y con asco, de aquel mundo tan bastardo y perverso. Y bien, alejado el pensamiento alemán, por la forma inhospitalaria del asiento económico, de la investigación de la economía contemporánea, se dirige con fervor a la indagación de las formas económicas del pasado, de las que tantos residuos sobreviven aún en la vieja patria tudesca. Y así, el historismo económico exultación de la fecunda y exhuberante Inglaterra, halla en la pantanosa Alemania, asilo apropiado y asiento definitivo.

Pero, en esta resurrección germánica, el historismo económico presenta caracteres bien diferentes de aquellos que

le habían impreso sus primeras manifestaciones anglo-sajonas. Si el historismo económico no había sido en Inglaterra más que una aparición fugaz, nace en Alemania como institución científica duradera y definitiva, llamada a formar parte integrante e indispensable de la ciencia económica. Y, si en su primera faz, el historismo económico presentaba caracteres imprecisos y mal definidos; si entonces se usaba como simple instrumento de contralor o como simple ilustración o lo que era más raro, como base de investigaciones positivas, en su forma nueva, más compleja anuncia a priori un conjunto de caracteres definidos y precisos, que permiten trazar con exactitud las más diversas ramificaciones.

En verdad, quien ponga su atención en el rol que asume la historia en esta faz decisiva de sus aplicaciones económicas, de inmediato se dará cuenta que ella presenta dos manifestaciones completamente distintas.

El historismo económico puede ser, en efecto, un simple *método* o bien un *sistema*. Puede suceder que la historia se emplee exclusivamente para contralorar, limitar e ilustrar los resultados cuya investigación deductiva se ha hallado. En tales condiciones, la historia no es más que un simple método. Pero, puede acontecer que el instrumento histórico se emplee con fines más vastos: no ya para ilustrar los resultados de la investigación deductiva, sino para determinar el valor efectivo de tales resultados a través del tiempo, lo que equivale a decir que, la investigación histórica se emplea para demostrar que los resultados teóricos obtenidos por deducción, tienen valor y son verdaderos tan sólo respecto a una faz histórica determinada, en la cual esos resultados fueron pensados o deducidos. Significa también que, esos mismos resultados pierden toda eficacia respecto a las facces económicas anteriores o posteriores, gobernadas por leyes substancialmente diferentes. En tal caso, la historia ya no se restringe a una función de limitación o de contralor de la indagación deductiva, sino que transforma radicalmente el carácter de las leyes económicas, deshojándolas de la corona de eternidad que la creencia universal le había concedido reduciéndolas a reflejos fugitivos de un determinado momento histórico. Si en el primer caso, la historia se limita a recortar algunos bordes de la soberbia pirámide de la lógica especulativa, en el

segundo, ella destruye a tiempos entrecortados, esa pirámide para reemplazarla con un nuevo monumento. Se trata entonces, de dos manifestaciones, de dos aspectos, de dos procesos constitucionalmente diferentes, que se desenvuelven independientemente los unos de los otros, para constituir las otras tantas subcorrientes o subformas distintas, que reviste el historismo económico, en el curso de sus manifestaciones sucesivas.

En su primera manifestación, el historismo económico no es, efectivamente, más que un método. Como tal se presenta en las obras de Hildebrand, de Xnies. Mejor aún aparece en todas las obras de Roscher.

Este autor se sirve de sus vastos conocimientos de historia, únicamente para documentar, comentar e ilustrar los resultados teóricos de la ciencia deductiva inglesa, lo que le permite afirmar que esos resultados reciben triunfal aplicación en todos los tiempos y en todas las naciones. Según el punto de vista de Roscher, cada economía nacional atraviesa tres facés sucesivas, de mínima, media y máxima cultura, gobernadas todas por leyes diversas; pero, las que gobiernan la economía de mínima media o máxima cultura, son absolutamente idénticas en todos los lugares y en todos los tiempos, ya se trate de pueblos primitivos o antiguos, medioevales o contemporáneos. En tal forma, el método histórico se emplea para negar la repetición de las leyes económicas, o para resolver en sentido antihistórico el problema que, los economistas clásicos, dejaban imprejuizado e irresuelto. En efecto, los economistas clásicos, limitando la indagación deductiva exclusivamente a los fenómenos de su edad, no se preguntaban si los resultados descubiertos por ellos se aplicaban o no, a las formas sociales del pasado. Roscher demuestra que, las leyes descubiertas por los economistas clásicos ingleses que sólo se referían a los fenómenos de su tiempo, hallan una aplicación inobjetable a los fenómenos de las edades más antiguas y más diversas. Consigue contestar a la pregunta que aquellos economistas dejan sin responder, al proclamar la eficiencia universal y la eternidad de las leyes económicas y al negar categóricamente su repetición. En otras palabras, en esta primera faz del historismo económico, *el método histórico consigue la negación del sistema histórico.*

Empero si Roscher y, con él, su escuela, consiguen

inmediatamente la negación del sistema histórico en economía política, no es menos cierto que ellos mismos aprestan los instrumentos de su resurrección. Porque, las investigaciones que aquella escuela tiene el mérito de promover en las relaciones económicas del pasado, revelan, cada día mejor, la imposibilidad absoluta de encuadrar los fenómenos económicos de las pasadas edades, en los esquemas inmóviles de la economía deductiva y vienen a apoyar el carácter esencialmente histórico y fugitivo de esos resultados. Así, el *método histórico* abre por sí mismo, el camino al *sistema histórico*; que es confirmado por vez primera en obra de Carlos Marx. Este pensador afirma que la evolución económica ha recorrido en su camino secular, cuatro estadios fundamentales: economía asiática, antigua, feudal y burguesa; cada una de las cuales está regida por leyes específicas, completamente heterogéneas. Las doctrinas de la ciencia económica clásica no son, según Marx, más que poderosas abstracciones de los fenómenos de la economía burguesa, que se reflejan en el complejo de las relaciones de esta faz de la evolución; pero, que no tienen ningún valor ni imperio respecto de las formas económicas superadas. ¿Cuáles son las leyes que regían, en cambio, esas formas económicas sepultadas? Es este según Marx, un problema hoy insoluble, debido a la ausencia de documentos precisos, concernientes a la historia del pasado. Pero, lo que nosotros podemos legítimamente afirmar en cada caso, es que estas leyes, cualesquiera que ellas fueren, son *toto coelo* diferentes de aquellas que rigen la economía moderna, y que es vano, por lo tanto, todo esfuerzo dirigido a encontrar forzosamente el imperio de estas últimas, a los mundos sociales muertos ha muchos siglos.

Ahora, el que afirma que los fenómenos del pasado son así irreparablemente inescrutables, no puede, evidentemente, atribuir mucha impotencia a las investigaciones históricas, o al método histórico en economía. Y, en efecto, Marx no deja la ocasión para desacreditar este método, especialmente cuando se refiere a las facies sociales transcurridas con mucha anterioridad. Los escasos informes retrospectivos en los que se basa, se refieren, exclusivamente, al período inmediato anterior a la economía del salario o a su proceso, merced al cual éste tiende a formarse. Si con Roscher, el método histórico tiende a la negación del sistema histórico, con Marx sucede

lo contrario, es decir, *el sistema histórico tiende a la negación del método histórico*. De los dos aspectos en que el historicismo económico se manifiesta, *el método y el sistema*, el primero, es sostenido por Roscher, quien excluye al segundo, mientras que Marx prefiere este último, relegando el otro al ostracismo. Lo que no es más que la segunda encarnación del historicismo económico, que por el hecho de invertirse, tiende a ser transformado. Pero, a simple vista se observa que, tal modo de ver, presenta graves incongruencias. Porque, la afirmación de que las relaciones económicas cambian de contenido en las diferentes edades, no tiene fundamento científico sino en cuanto ello resulta de la constatación histórica, metódica y positiva; todo lo demás son manifestaciones *a priori*, insuficientes para probar nada. De modo que la condición esencial que permite el triunfo del historicismo económico, es el estudio profundo y consciente de las relaciones e instituciones sociales del pasado. Este estudio se inicia en Alemania por obra de Schmoller, acontecimiento que señala la tercera face del historicismo económico. Schmoller, no usa, como hace Roscher, de la indagación histórica, como motivo de ilustración o para comentar las teorías económicas clásicas, o para la elección de leyes o regularidades universales (1). Tampoco afirma, como lo hace Marx de un modo convincente, la repetición histórica de las leyes económicas. Se limita a completar una serie de investigaciones monográficas sobre la historia de los hechos económicos más pronunciados, con el único propósito de describir fielmente sus caracteres reales y concretos, dejando de lado toda pretensión de arribar a conclusiones, cualesquiera que ellas fueren, acerca de los caracteres de las leyes económicas; conclusiones que, por otra parte, serían completamente inadmisibles, como el mismo Schmoller lo dice, debido a la carencia y a la imperfección de los estudios históricos. De ahí que Schmoller concuerde con Marx, al afirmar nuestra ignorancia respecto a las relaciones económicas del pasado. Al oponerse, con este argumento, al método histórico, sostiene la necesidad de establecer y organizar la indagación histórica en economía, la que sólo podrá, algún día, lie-

---

(1) Salvo alguna excepción. Así, por ejemplo, Schmoller trae investigaciones históricas sobre la distribución de la renta, afirmando que ella se sujetaba a idénticas normas en las épocas sociales más diferentes.

gar a resolver el problema, sobre el desarrollo real de las relaciones económicas y sobre la esencia de las leyes que las gobiernan. Así, que la orientación científica de Schmöller, brevemente explicada, es la consagración del método histórico, asociado al análisis científico respecto al sistema histórico. Los aspectos del historismo económico no se excluyen; ya no es más la negación del sistema histórico, como sostiene Roscher, o la del método histórico, como lo afirma Marx, sino una especie de existencia común o de tolerancia recíproca de las dos tendencias intelectuales, sin que el segundo niegue al primero, aun cuando lo desconozca.

Si bien espíritus cautelosos, podrían tachar de excesiva timidez al análisis científico de Schmöller, no es menos cierto que, su trabajo es un aporte inapreciable a la causa del historismo económico, pues ha demostrado con los hechos, la posibilidad de efectuar investigaciones concretas sobre el pasado, destruyendo el prejuicio dogmático que tendía a negarlas. Es así como ello, constituye un verdadero éxito del sistema histórico; todo lo cual revela que, un estudio profundo de los hechos tan inteligentemente reunidos, demuestra cómo esos hechos responden, en las diversas faces de su evolución, a leyes substancialmente distintas, documentando así, de una manera evidente, la existencia de leyes económicas.

Esta concisa y filosófica ilación de la historiografía especializada, es adoptada por Bücher. Muchos desearían narraciones, documentadas y pacientes, de los hechos y de las instituciones económicas, pero, aun cuando la inclinación de Bücher le conduciría a realizar análisis especulativos, este autor no cree que, con la sola exposición de los hechos, se pueda satisfacer el deseo de un economista cualquiera, partidario del historismo; pero, sostiene que tales investigaciones sólo deben servir de preámbulo en la determinación de las leyes que gobiernan los fenómenos indagados, preámbulo que representa el vértice de la aspiración del investigador en el campo económico. En otros términos, a la historia descriptiva debe corresponder, necesariamente, la historia investigadora. La fuerza poderosa de la deducción, que la ciencia clásica ha hecho converger victoriosamente sobre los fenómenos contemporáneos revelados por las estadísticas y por las observaciones, para darnos, con admirable abstracción, las leyes fundamentales que los gobiernan, debe ahora dirigirse sobre los fenómenos del pasado, exhumados pacientemente por la observación his-

tórica, a fin de encontrar las normas generales que, anteriormente, regían su curso. Por tal causa, y en contra de la ciencia clásica, habrá de surgir, como producto de la ciencia contemporánea o como resumen teórico de las leyes que la gobiernan, una ciencia de las relaciones económicas anteriores, o una demostración racional de las leyes que presiden todos los hechos sociales del pasado. Es por esto que, el historismo económico, simple y lisa narración de los hechos o afirmación no probada de tesis preconcebidas, resultará el reflector poderoso de la vida económica, tal cual ella avanzaba en el desarrollo secular de las edades. (1).

Así, el método histórico y el sistema histórico, después de un período de guerras y de exclusiones recíprocas, se asocian armónicamente, basándose en una concesión sintética y pacificadora. Mejor dicho, el método histórico, se vuelve el instrumento científico para la demostración y consagración del sistema histórico, el cual, mientras obtiene de la investigación histórica el elemento vital que es materia de las propias explicaciones, constituye, a su vez, un estímulo para esta investigación a la que le proporciona nuevos y superiores criterios de orientación e interpretación. Por último, el historismo económico deja de ser una mutilación de la mentalidad humana o su constricción violenta a una sola manifestación o explicación. Acoge y asocia en su seno, las manifestaciones más libres y variadas del pensamiento investigador.

Si bien es cierto que debemos a Bücher estos resultados superiores, como también la bienvenida fusión de tendencias en otros tiempos adversas, no podemos convenir plenamente en las aplicaciones concretas que él nos ha dado del concepto de información. La clasificación de las formas históricas de la economía que Bücher agrupa: economía de la casa, de la ciudad y del pueblo, es demasiado superficial; el criterio que él adopta para descargo de las formas sociales, la distancia entre el productor y el consumidor, es demasiado pueril y extrínseco, para que sobre sus bases pueda levantarse un sólido edificio científico. Y quien, ateniéndose a la concepción tan sensata de Bücher, estudia con lógica las diversas formas sociales, para buscar las leyes que las gobiernan, debe reconocer que, los fenómenos que se presentan en medio de cualquiera de ellas, no se dejan reconocer, muchas veces, bajo el im-

---

(1) A gran parte de esta tendencia científica, adhiérense Ashley y Sombart; ambos con notables reservas y muchos eclecticismos.

perio de una única norma directriz. Lo que sucede, debido a la no diferenciación fundamental, en sus caracteres, de aquellas formas sociales que no constituyen entidades completamente distintas y sólo se diferencian por sus accidentes complementarios exteriores, que observamos en las más variadas manifestaciones sociales. Nadie duda que la *economía de la casa*, la que, según Bücher, forma un compuesto social de por sí estable, se encuentra en la época de la esclavitud como en la edad media feudal, o sea en los períodos históricos efectivamente regidos por leyes económicas substancialmente diferentes. Por la misma causa, la *economía de la ciudad* se halla, en la ciudad helénica como en la Italia meridional en dos épocas, con leyes económicas profundamente distintas. ¿Y cómo, entonces, aplicar el reactivo de la deducción a mezclas de elementos tan heterogéneos? ¿Cómo reducir a una sola fórmula, las entidades tan complejas e íntimamente diferentes?

Según mi opinión, el historismo económico no puede tender a una sistematización decisiva, sino a condición de que los hechos históricos, pacientemente reunidos, sean, sobre todo, clasificados con criterios positivos, aunque menos formales, o teniendo en cuenta la diferente constitución de las condiciones materiales en medio de las que esos hechos se desarrollan. Con este criterio se llega a discernir, en la evolución económica, una serie de formas que la organización social ha recorrido y una serie de organismos netamente diferenciados. Esas formas pueden reducirse a las siguientes: la economía colectiva, la de la esclavitud, la servil y la del salario. La misión de la historia descriptiva consiste en la narración del desarrollo de los caracteres económicos dentro de alguna de estas formas sucesivas, mientras que, a la historia investigadora, corresponde la tarea superior de precisar las leyes concretas que rigen estos mundos históricos, o de determinar la gran regularidad que precede a la manifestación de la actividad económica de los mismos. Por esta sola explicación, puede llegarse a establecer una serie de leyes o de teorías económicas específicas, correspondientes a las etapas sucesivas que la evolución ha recorrido, (1) sin negar que, de la determina-

---

(1) La observación contraria de Carver, (*Rivista de scienze*, 1908, N.º 2), de que la constatación histórica no es posible sin la noción preliminar de la ciencia económica, o de sus principios, no me parece del todo irrefutable. En realidad, la ciencia económica fué precedida y provocada por la constatación de los hechos, y ello basta para pro-

ción de estas leyes específicas, se puede llegar a una síntesis generadora o a una norma superior que comprenda a todas las demás. Si, efectivamente, los simples factores de las diferentes edades históricas, por su propia heterogeneidad, no pueden compararse, mutuamente, no podríamos decir lo mismo, respecto a las leyes históricas, entre las que no sólo es posible su confrontación, sino que también es conveniente. La comparación, a la que se someten las leyes de las formas históricas sucesivas, permite reducir!as a un mismo denominador y encontrar lo que Cicerón llamaría la *insigne humani generis similitudinem*, la ley suprema que gobierna la actividad económica, independientemente de las contingencias del tiempo y del espacio. Es por esto que, del método histórico, se pasa al sistema histórico o a la determinación de las leyes específicas de los períodos históricos sucesivos; y, del sistema histórico, se asciende o puede ascender al sistema especulativo o a la determinación de la ley económica universal. En otras palabras, la ciencia económica, iniciada como *historia económica*, se transforma en *economía histórica*, para elevarse por último a *economía pura*. La que no es más que el último producto o la coronación final de una serie de investigaciones históricas concretas, una sublimación del hecho o de sus leyes, una síntesis de la supuesta realidad que, si no nos proporciona las luces del cielo de las visiones *a priori*, nos proporciona en cambio, el resultado de las luchas sociales. Si, por el contrario, ella pretendiese marchar en dirección opuesta o erigirse sobre pocas y abstractas premisas, sin ninguna preparación histórica, no llegaría más que a afirmaciones banales o de seguridad puramente verbal, de las que, la ciencia investigadora, no podría extraer fundamento alguno. Tal es mi modo de ver respecto a un tema sobre el cual he pensado tanto y al que, en interés de la verdad, desearía que los más inteligentes pensadores dedicaran sus mejores y valiosos trabajos.

AQUILES LORIA.

(Traducción de MIGUEL PESCUÑA y RÓMULO BOGLIOLO).

---

bar que, tal constatación puede realizarse sin la noción de los principios fundamentales de la ciencia; y que, una vez adquirida, esta noción puede servir para explicar mejor aquellos hechos económicos que la inspiraron. Cosa que nadie duda; pero, que no niega tampoco la prioridad cronológica de la constatación positiva sobre la concepción doctrinaria.